



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 3 de agosto de 1980

Venid, aclamemos al Señor, / demos vítores a la Roca que nos salva; entremos a su presencia dándole gracias, / vitoreándole al son de instrumentos.

Entrad, postrémonos por tierra, / bendiciendo al Señor, creador nuestro.

Porque Él es nuestro Dios / y nosotros su pueblo, / el rebaño que Él guía (*Sal 94 / 95 / 1-2. 6-7*).

1. Estas palabras del Salmo las decimos en la liturgia dominical de hoy. La Iglesia repite las mismas palabras todos los días en la "Liturgia de las Horas". Son palabras que *nos invitan a adorar a Dios*, a la veneración que se le debe, la veneración que el hombre manifiesta no solamente en lo íntimo de su alma, sino también con su comportamiento exterior.

2. Dentro de pocos días, en la fiesta de la Transfiguración del Señor, se conmemorará el *segundo aniversario de la muerte del Papa Pablo VI*, que tuvo lugar aquí en Castelgandolfo el día 6 de agosto.

Entre las muchas imágenes que han fijado la figura de este gran Obispo de Roma y Sucesor de San Pedro hay una especialmente sugestiva. Pablo VI, durante su peregrinación a *Tierra Santa*, inmerso en la oración, profundamente inclinado, está de rodillas sobre la desnuda tierra, en el lugar por donde, en tiempos, pasaron los pies del Hijo de Dios.

Visitando otros diversos lugares de la tierra, el Papa Pablo solía, tras el aterrizaje del avión, iniciar su visita *besando la tierra* a la que había llegado. Yo he tomado esa costumbre de él y la observo fielmente.

Creo que ese gesto expresa precisamente lo que proclama el Salmo de hoy: "Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo la Señor creador nuestro".

Hay momentos en que el hombre siente la necesidad de un especial empequeñecimiento ante Dios, presente en el mundo y en los hombres; de una especial manifestación de la veneración hacia la Majestad del Creador, hacia Aquel que es la "roca de nuestra salvación", Amor único y única santidad.

Toda la vida de Pablo VI estuvo llena de una tal adoración y veneración hacia el infinito misterio de Dios. Precisamente así vemos su figura a la luz de todo cuanto hizo y enseñó; y la vemos cada vez mejor, a medida que el tiempo nos aleja de su existencia terrestre y de su ministerio.

En estos días del segundo aniversario de su muerte, encomendándolo de manera especial a Cristo Señor, recordemos con gratitud todo el *testimonio* que este Siervo de los siervos de Dios dio del Dios vivo a la Iglesia y al mundo.

3. Oyendo las palabras del Salmo de hoy, preguntémonos si también *nuestra actitud en la oración* expresa la veneración y la adoración que debería expresar, dado que nos encontramos ante Dios, que estamos en intimidad con Él y hablarnos con Él. Ciertamente, la cosa más importante en ese encuentro es la actitud *interior*. Sin embargo, esa actitud se manifiesta también por medio de la *exterior*. Y aunque sean posibles y útiles diversos gestos en la oración, no pueden, sin embargo, faltar esos de que habla hoy El Salmo: "Venid, de rodillas ante el Señor"; más aún, "postrados adoremos". Porque solamente estando en actitud de adoración ante el Señor, podemos también aclamarle con "cánticos de gozo".

Como sabéis, ayer por la mañana en la estación de Bolonia una tremenda catástrofe sembró el luto y el llanto en muchas familias. En la hora del día y en el período del año en que el tráfico ferroviario es más intenso y las personas esperan las merecidas vacaciones, una terrible explosión devastó parte del edificio, envolviendo en el derrumbamiento a centenares de viajeros que se agolpaban en los diversos lugares del conjunto ferroviario.

Apesadumbrados y turbados por tan grande e imprevista tragedia, elevemos nuestra conmovida plegaria de sufragio por las numerosas víctimas y de consuelo para los heridos y sus familiares; haga el Señor que, aun en la desventura, es siempre Padre amoroso y misericordioso, sentir a todos su presencia misteriosa y consoladora.

A todos cuantos lloran por causa de esta inmensa tragedia, deseo asegurar que estoy junto a ellos con el afecto, con la oración y, de modo especial, con la confortadora bendición apostólica.

Quisiera invitaros a dirigir vuestro pensamiento a una nación y un pueblo que están distantes geográficamente pero que siento muy cercanos a mi corazón.

Hoy regresa a su patria un primer grupo de obispos vietnamitas, que han estado en Roma para la visita "ad Limina". Con ellos he podido conversar sobre diversos aspectos de la vida de la Iglesia en su país. Esta visita, este encuentro es signo y actuación de la colegialidad que une al Sucesor de Pedro con los sucesores de los Apóstoles, al Papa con los obispos.

Ellos proseguirán en sus respectivas diócesis la importante misión de Pastores. Les saludo y les animo con todo el corazón juntamente con sus colaboradores: sacerdotes, seminaristas, personas consagradas, laicos comprometidos en la pastoral.

A las queridas poblaciones católicas del Vietnam, fieles en la fe y en la adhesión a la Iglesia, de la misma manera que participan generosamente en el esfuerzo de reconstrucción y en el espíritu de sacrificio de sus connacionales al soportar las restricciones materiales causadas, especialmente, por las destrucciones de la guerra, vaya mi estímulo y el más vivo deseo de alegría y paz, con una paternal bendición apostólica.

A todos vosotros, mi cordial bienvenida y mi sincero agradecimiento por el gesto gentil que, siguiendo una ya tradicional costumbre, también este año habéis querido renovar con motivo de la *feria del melocotón*: habéis querido, muy delicadamente, apresuraros a traerme personalmente un cesto de esos excelentes frutos de vuestra tierra. Me alegra comprobar en esa iniciativa un testimonio de la cortesía que distingue a los habitantes de esta ciudad, para mí tan querida. Deseo, por tanto, expresar la viva gratitud que siento hacia vosotros y vuestras familias, así como a todos cuantos representáis.

El melocotón, fruto gustoso y aromático, orgullo de estas colinas ubérrimas, no representa solamente una fuente de ganancia para quien lo cultiva, sino que puede también constituir el vehículo de un mensaje de frescor y alegría. Su sabor y su fragancia son una invitación a descubrir las genuinas riquezas de la naturaleza y a reconocer, al mismo tiempo, en ellas la generosidad del Creador, amoroso dador de "todo don perfecto" (cf. *Sant 1, 17*).

Mi deseo es que todo creyente, ante este, igual que ante los otros frutos de la tierra, sepa ponerse en la óptica de San Pablo, el cual veía en la comida material "alimentos creados por Dios para que los fieles, conocedores de la verdad, los tomen con acción de gracias" (*1 Tim 4, 3*). Con éste deseo, al renovar a todos el testimonio de mi vivo reconocimiento, me complazco en impartiros, como prenda de abundantes favores celestiales, sobre vosotros y sobre vuestros familiares y amigos la propiciadora bendición apostólica.

©Copyright - Libreria Editrice Vaticana